

La construcción social de la vulnerabilidad

La tragedia causada por el huracán y tormenta tropical Mitch ha tenido como una de sus consecuencias incrementar la inseguridad de las personas en cuanto a sus capacidades y oportunidades para mejorar la calidad de vida. La inseguridad (vulnerabilidad) sólo puede ser interpretada en el marco de los procesos que han favorecido una construcción frágil de una sociedad con un desarrollo humano espacial y socialmente desequilibrado y con una importante degradación ambiental.

Tradicionalmente el concepto de seguridad se ha interpretado en el sentido estrecho de seguridad del territorio nacional frente a una agresión externa o, en el campo de la política exterior, de protección de los intereses nacionales.

En el Informe Mundial sobre Desarrollo Humano de 1994, se analizó una nueva visión de la seguridad. Esta no pone el acento en el Estado-nación, sino en la gente. Contempla dos aspectos fundamentales: la reducción de amenazas crónicas como el hambre, la enfermedad y la represión, y la reducción de repentinas y dañinas interrupciones de los patrones de vida cotidiana, ya sea en el hogar, en el trabajo, o en la comunidad (terremotos, aumento inusitado de la criminalidad) (PNUD, 1994:23). El ser humano está expuesto a este segundo tipo de amenazas casi independientemente del nivel de desarrollo de la sociedad en que vive y de la posición que ocupe en ella.

Históricamente, el bajo umbral de seguridad humana ha representado una constante en la sociedad hondureña. Aunque los ciudadanos usualmente equiparan la falta de seguridad al aumento de la delincuencia, es claro que éstos se encuentran dentro de un espectro mucho más grande de amenazas. Por ejemplo, el alto índice de pobreza, el inestable e insuficiente crecimiento económico y los bajos niveles de desarrollo humano revelan la existencia de un país con notables problemas de seguridad, lo cual condiciona los ámbitos de lo subjetivo y objetivo de la vida de todos.

Antes del desastre de octubre de 1998, los indicadores del desarrollo comprobaban que el país progresaba. Su índice de desarrollo humano, por ejemplo, aumentó de 0.280 a 0.573 en los últimos 35 años. El Mitch ha provocado su disminución, al afectar los indicadores en salud, educación e ingreso.

Desde la perspectiva del desarrollo humano sostenible, los mal llamados desastres naturales en los países en vías de desarrollo contribuyen a acentuar y poner más de manifiesto el verdadero desastre que significa la vasta pobreza producida por modelos inadecuados de desarrollo. Sólo un proceso sostenido y sostenible de desarrollo humano, que reduzca, ostensiblemente, las condiciones sociales de riesgo, podrá disminuir la frecuencia y los efectos de aquellos desastres (PNUD, 1994).

En Honduras, en el centro de los problemas del desarrollo se encuentra la cuestión de la pobreza, especialmente de la rural. El grado de pobreza es muy elevado: abarca alrededor del 60% de la población. Este porcentaje es aún más elevado en las áreas rurales, en donde vive el 58 % de los hondureños. Gran parte de esta pobreza se traslada a las ciudades, en las cuales agrava las vulnerabilidades propias de una urbanización no planificada (PNUD, INDH, 1998).

Al analizar las amenazas, las brechas y la progresión de la vulnerabilidad y del riesgo en Honduras, hay que tomar muy en cuenta el hecho de que el país vive en los últimos años una transición en el plano político, económico y social. Es decir, hay que hacer la constatación fundamental de que la sociedad hondureña ha venido cambiando sus patrones históricos y que la democratización que se ha venido abriendo paso a partir de los ochentas, ha traído considerables aportes en la conformación de un Estado de derecho y en la orientación hacia el desarrollo humano.

Sin embargo, el análisis macroeconómico elaborado en el Informe Nacional (PNUD, INDH, 1998), advierte que no se podrá consolidar un crecimiento económico sostenido y equitativo si no se entra en una dinámica de acumulación de capital humano y social mediante el fortalecimiento de la educación, la nutrición, la salud y el mejoramiento del ingreso, etc.

Los índices de desarrollo humano, desagregados por departamentos y municipios, muestran la existencia de grandes desigualdades entre ellos y en el interior de cada uno. En ese sentido, puede asegurarse que Honduras es una de las naciones más «fracturadas» del continente.

Antes del Mitch, el 48% del total de los municipios mostraba un índice de desarrollo humano bajo. Los departamentos con un índice de desarro-

llo humano superior al promedio del país (0.548) y en los cuales los municipios presentaban menor inequidad entre ellos: Colón, Cortés, Comayagua y Atlántida, se encuentran entre los más afectados por el huracán. Es decir que las consecuencias más serias se ven en las que han sido las zonas de mayor crecimiento (capítulo 1).

¿Pero por qué estas zonas han sido las más afectadas? Aunque sin duda esto tiene que ver con la recurrencia de los episodios meteorológicos de fuerte impacto en el país, son sobre todo los factores estructurales los que han impedido disminuir los riesgos frente a potenciales amenazas.

Entre esos factores se encuentra la falta de integración regional y local, la desigualdad entre departamentos y entre los municipios, la ausencia de un amplio abanico geográfico de polos de desarrollo, la desigualdad de oportunidades y capacidades, la debilidad de mercados locales cautivos y desconectados entre sí y con muy escasas posibilidades de contribuir a resolver el grave problema de la pobreza y disminuir los niveles de vulnerabilidad.

En este capítulo se analiza la seguridad humana en Honduras, en relación con los riesgos implícitos en la alta recurrencia histórica de fenómenos naturales, especialmente los huracanes, que se han convertido en fuentes de temor para las personas y en una amenaza para el desarrollo del país. Además se examinan los efectos demográficos producidos por el huracán y tormenta tropical Mitch.

¿Una sociedad en riesgo?

A lo largo de su historia la sociedad hondureña se ha visto expuesta a una serie de fenómenos que han amenazado continuamente la vida de la gente y frenado el desarrollo del país. Se trata de eventos extremos originados en la naturaleza o directamente provocados por el ser humano. En el primer caso también adquieren, como se ha dicho antes, una inseparable dimensión social.

Para efectos del presente capítulo se utiliza el marco conceptual de «gestión del riesgo», cuyos pilares: capacidad de organización, participación y buen gobierno, involucran el núcleo de los pilares del desarrollo humano sostenible (ver recuadro 2.1).

El paso del huracán en octubre de 1998 puso al descubierto la alta vulnerabilidad de la sociedad frente a una amenaza de considerable potencial destructivo, producto de una escasa capacidad para prevenir y contrarrestar el riesgo.

La tendencia predominante en Honduras es a considerar como causalidad de fondo de los desastres la acción humana y los vicios estructurales de sus procesos de desarrollo. Generar procesos de reflexión ciudadana sobre la deuda social y ambiental acumulada, que permita articular esfuerzos para la gestión de riesgos y reducción de desastres a nivel nacional y particularmente a nivel local, podría favorecer, por ejemplo, la disminución de las altas tasas de deforestación de que han sido objeto los

RECUADRO 2.1

Desarrollo humano sostenible y gestión del riesgo

Amenaza, vulnerabilidad y riesgo

La amenaza surge cuando de la posibilidad teórica se pasa a la probabilidad, más o menos concreta, de que un fenómeno de origen natural o humano se produzca en un determinado momento y en una determinada región.

La vulnerabilidad se determina por las condiciones intrínsecas de una comunidad a ser afectada cuando se desencadena una amenaza. Se pueden considerar diversos tipos de vulnerabilidad: social, económica, organizativa, cultural, biológica, ambiental, que generan una situación de riesgo para las personas y el desarrollo de un país.

El riesgo es la probabilidad de que ocurra un desastre. Surge de la combinación de dos circunstancias que se potencian: la amenaza y la vulnerabilidad. El riesgo (R) de una comunidad, o de un sistema, a sufrir un desastre se define como el resultado de «calcular» la potencial acción de una amenaza determinada (A), con las condiciones de vulnerabilidad (V) de la comunidad (o sistema) = $A \cdot V$.

En los últimos años se ha desarrollado un enfoque holístico de intervención basado en la participación y seguridad de grupos humanos locales cuya sumatoria apunta a consolidar un desarrollo sostenible nacional. En específico, el concepto de gestión del riesgo se refiere a las capacidades de las sociedades y de sus diferentes actores para reducir el riesgo, es decir la capacidad de actuar sobre las causas que los producen.

Honduras, al igual que el conjunto de países centroamericanos, se caracteriza por procesos de acumulación de riesgos y condiciones de vulnerabilidad desencadenantes de desastres, estrechamente relacionados a sus patrones de desarrollo.

Fuente: PNUD/UNDRO, 1992; Wilches-Chaux, 1998; Zilbert, L., 1998.

bosques y las colinas que circundan las zonas de anegamiento, que históricamente han venido disminuyendo su función de contención.

Es importante subrayar que no existe una relación directa entre la magnitud y la intensidad de un evento físico en sí, y el tamaño del desastre que suscita. Uno de magnitud mediana o pequeña en un área densamente poblada y muy vulnerable es, evidentemente, mucho más peligroso que uno de grandes proporciones ocurrido en una zona de baja densidad poblacional y baja vulnerabilidad social (Lavell, A. 1996:21).

Es claro que las pérdidas humanas en octubre de 1998 se debieron, en gran medida, a la precariedad de los asentamientos humanos, ya que un gran número de ciudadanos habita en zonas de riesgos geomorfológicos como laderas o riberas de los ríos, por falta de otras opciones de hábitat. Esta realidad se une a la ausencia de un sistema de alerta temprana.

Lo anterior significa que algunas actividades humanas aumentan la vulnerabilidad, mientras que la falta de otras impide la prevención de riesgos, acentuando los efectos de fenómenos naturales excepcionales, tales como lluvias torrenciales o sequías, huracanes o terremotos, etc.

A continuación se describe una serie de desastres que se han producido en Honduras en este siglo. Esta descripción muestra, por un lado, la recurrencia cíclica de los desastres y, por el otro, el hecho de que el impacto de estos desastres ha afectado directamente el corredor geográfico en el que se encuentran ubicadas las zonas de mayor crecimiento y productividad.

Fenómenos naturales y desastres: un recuento histórico

Centroamérica constituye una de las regiones del continente americano más propensa a los desastres naturales. De acuerdo con la información registrada por la Oficina de Asistencia para Desastres en el Extranjero (OFDA), esta región sufrió, entre 1960 y 1992, 75 eventos denominados «desastres» (Lavell, A., 1996). En los últimos cuatro años el número de tormentas tropicales muestra una tendencia a aumentar. Además, de un total de 33 registradas entre 1995 y 1998, en el océano Atlántico y el mar Caribe, 14 ocurrieron en ese último año; de ellas diez evolucionaron hasta convertirse en huracanes. En el caso del Mitch, éste ha ocurrido después de un período de eventos ENSO (El Niño), con sequías graves en las tierras altas y costeras del Pacífico centroamericano (Proyecto Estado de la Región, 1999).

Como se aprecia en el cuadro 2.1 el riesgo y la amenaza prácticamente han sido una constante en la historia nacional, como consecuencia, principalmente, de la forma en que la sociedad ha estructurado sus procesos de desarrollo económico, político y sociocultural. Esto tiene que ver con los modos en que la sociedad y el Estado han interactuado históricamente para impulsar planes de desarrollo que no han logrado estimular una suficiente y necesaria integración y equidad de oportunidades entre los diversos grupos socioeconómicos del país, condenando a una importante proporción de población a la pobreza.

Lo anterior significa que los fenómenos naturales, como huracanes y tormentas, no son una amenaza en sí mismos, sino que se vuelven tales por el hecho de que ciertas comunidades o grupos se ven obligados a establecerse en áreas susceptibles al impacto nocivo de fenómenos naturales, como es

CUADRO 2.1

Eventos naturales que han constituido amenazas en el siglo XX en Honduras

Eventos	Fechas	Zonas afectadas
Tormenta Tropical	Octubre, 1906	Fco. Morazán: Tegucigalpa, Cedros Choluteca: Choluteca, El Corpus, Orocuina, Apacilagua, Pespire, Morolina El Paraíso: El Paraíso, Texiguat, San Antonio de Flores, Morocelí, Yuscarán, Yauyupe y Liure Valle: San Lorenzo, Nacaome y Amapala Comayagua: Comayagua y La Villa de San Antonio Cortés: San Pedro Sula Cortés y Atlántida
Epidemia de fiebre amarilla	1906	
Epidemia de peste bubónica y viruela	1913	Cortés y Atlántida
Guerras civiles	Durante década 1910 - 1920	Tegucigalpa
Tembler Huracán	Diciembre 1915 Julio, 1916	Lempira: Gracias, Campuca, Flores y Talgua La Mosquitia.
Tormenta Tropical	Octubre, 1932	Fco. Morazán: Tegucigalpa Choluteca: Choluteca, El Corpus, Orocuina, Apacilagua, Pespire, Morolina El Paraíso: El Paraíso, Texiguat, San Antonio de Flores, Oropoli, Yuscarán y Yauyupe, y Liure.
Tormenta Tropical	Septiembre de 1933	Fco. Morazán: Tegucigalpa, San Juan de Flores Choluteca: Choluteca, El Corpus, Orocuina, Apacilagua, Pespire, Morolica, San Marcos. El Paraíso: El Paraíso, Texiguat, San Antonio de Flores, Oropoli, Yuscarán y Yauyupe Valle: San Lorenzo, Nacaome y Amapala Comayagua: Comayagua y La Villa de San Antonio Cortés: San Pedro Sula Yoro: El Progreso Atlántida: La Ceiba Islas de La Bahía: Roatán Santa Bárbara
Tembler	Diciembre, 1934	Tegucigalpa, La Esperanza Copán: Santa Rosa, San Antonio, Santa Rita, Cabañas y Ruinas de Copán Ocotepeque: Sinuapa
Tormenta Tropical	1935	Cortés: La Lima
Huracán King	Octubre, 1950	
Huracán Hilda	Septiembre, 1954	Cortés: Atlántida, y Colón
Huracán Flossy	Julio, 1956	Cortés y Atlántida
Huracán Anna	Septiembre, 1961	Cortés y Atlántida
Huracán Carla	Septiembre, 1965	
Terremoto	Febrero, 1969	Cortés y Santa Bárbara
Huracán Francella	Septiembre, 1969	Cortés y Atlántida, Colón, Islas de La Bahía
Tormenta Tropical Irene	1971	Cortés y Atlántida, Colón, Islas de La Bahía y Gracias a Dios
Huracán Fifi	Septiembre, 1974	Cortés y Atlántida, Colón, Islas de La Bahía y Gracias a Dios
Tembler	Febrero, 1976	Cortés y Santa Bárbara
Sequía	1986	Choluteca y Valle
Huracán Gilberto	Octubre, 1988	Afectó directamente Nicaragua, impactando en Honduras
Huracán Mitch	Octubre, 1998	Todo el país

Fuente: Elaboración propia con base en Argueta, M. 1998; Díaz, F. 1972; Feldman, L. 1998; Flores, F. 1996; Molina, G. 1976; Zuniga, E. 1998.

el caso de las que se ubican en los márgenes de los ríos Ulúa y Aguán en el norte y del Choluteca en el centro y el sur.

En cierta forma se puede decir que las amenazas, las cuales difieren una de otra por su origen (ver recuadro 2.2), surgen de una especie de relación perversa entre la naturaleza y algunos grupos humanos, la cual ha sido favorecida por la existen-

RECUADRO 2.2

Clasificación de las amenazas según su origen

- Amenazas de inicio repentino. Son los huracanes y tormentas tropicales, los cuales han predominado en Honduras, y los terremotos.
- Amenazas de inicio lento. Sequías, hambrunas, degradación ambiental, desertificación y plagas etc. Se encuentran más ligadas al deterioro del medio ambiente que las anteriores.
- Guerras, conflictos civiles, insurrecciones, grandes desplazamientos de población, etc.
- Epidemias que han diezmando poblaciones a inicios de este siglo y pandemias actuales asociadas a la pobreza y a patrones culturales, como el VIH/sida y la TBC.

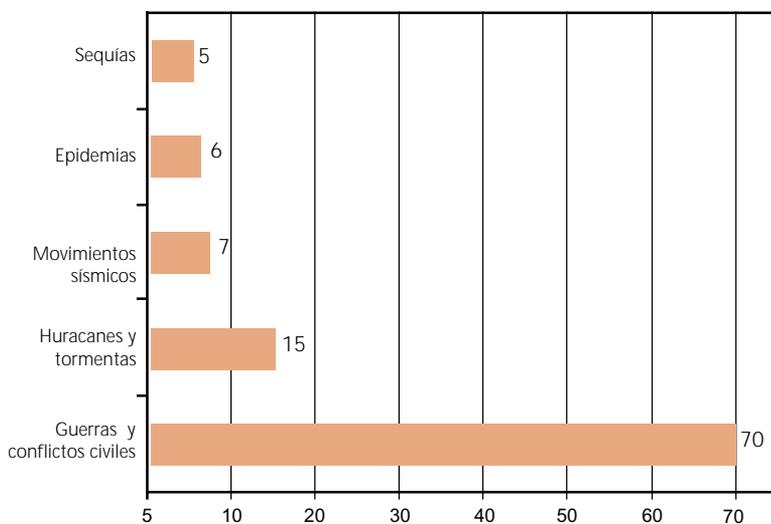
Fuente: PNUD/UNDRO, 1992.

cia de un elevado porcentaje de la población con muy limitados ingresos y bajos niveles de desarrollo humano y un Estado y una sociedad que no han generado las condiciones para disminuir la vulnerabilidad y la inseguridad.

Como se puede observar en el gráfico 2.1, en el transcurso de este siglo la sociedad hondureña se ha visto expuesta a una serie de amenazas de distinto origen. Los huracanes y las tormentas tropicales han sido las más frecuentes. En el presente siglo, desde 1906 hasta 1998, han tenido lugar unos 15 episodios de graves consecuencias para la economía y la población. Los de mayor magnitud ocurrieron en 1974 y 1998. En el pasado, sólo el huracán de 1774 llegó a presentar tan graves consecuencias como esos.

GRAFICO 2.1

Tipo y número de eventos que han afectado a Honduras en el curso del siglo XX



Fuente: Elaboración propia con base en Argueta, M. 1998; Díaz, F. 1972; Feldman, L. 1998; Flores, F. 1996; Molina, G. 1976; Zúñiga, E. 1998.

En cuanto a sismos, desde el siglo XVI hasta 1934 se produjeron 27 terremotos (cfr. Feldman, L. 1987:145). Se toman en cuenta sólo aquellos cuyo epicentro ha estado localizado en territorio hondureño o en el Golfo de Honduras. Durante el presente siglo, en total se han reportado y registrado siete movimientos sísmicos con impacto sobre la población (cfr. Zúñiga, M. y Cruz, G., 1994: 17) (Ver gráfico 2.1 y mapa 2.2.)

También las sequías, las epidemias y las guerras han provocado desastrosas consecuencias, sobre todo en determinadas zonas. Graves epidemias se produjeron a principios de siglo en el norte del país. A partir de la década anterior el sida (ver capítulo 3) se ha venido transformando en un peligro de carácter nacional. En la zona sur las sequías han contribuido a deteriorar aún más el medio ambiente.

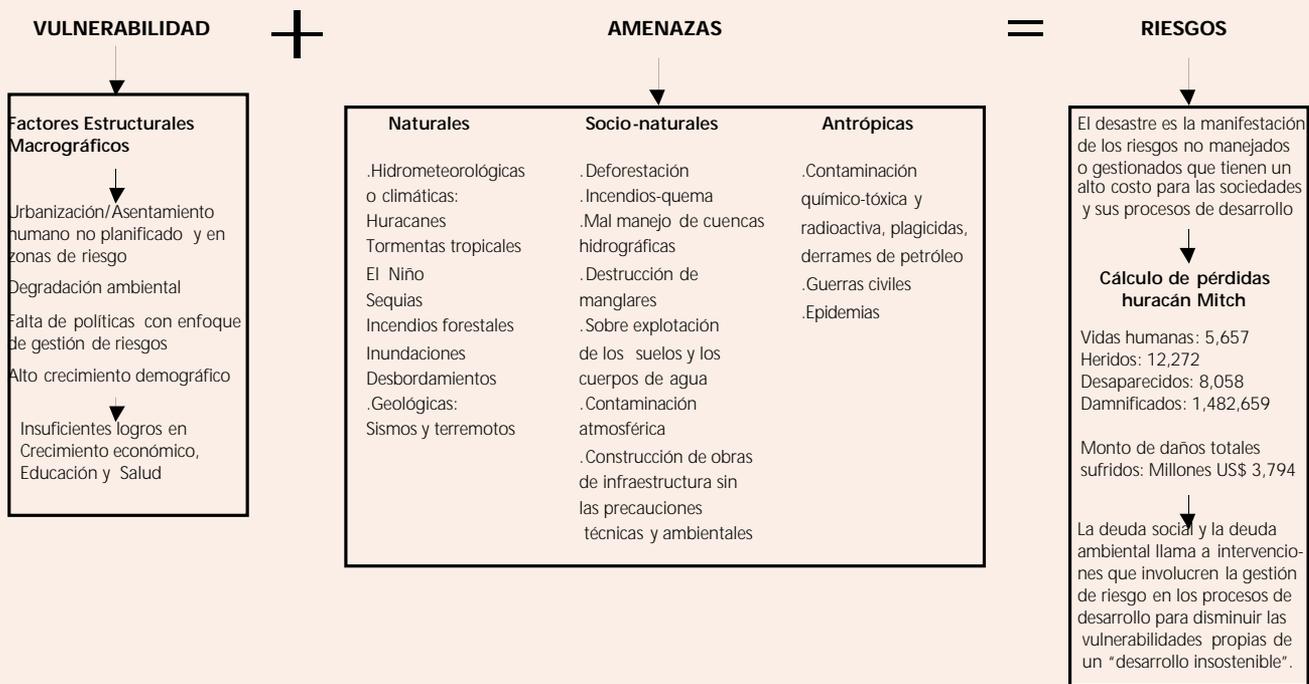
En cuanto a conflictos armados, hay que recordar las guerras civiles que tuvieron lugar hasta la primera mitad de esta centuria, la guerra con El Salvador, las secuelas de las guerras en los países vecinos en los setentas y ochentas. Esos conflictos retrasaron la construcción de una nueva institucionalidad, favorecieron el caudillismo y obstaculizaron el desarrollo. Curiosamente, la mayoría de los conflictos armados se escenificaron en las décadas de 1910 y 20, en las cuales no se registraron desastres, cuya amenaza tenga por origen un evento de la naturaleza.

Ahora bien, como ya se ha expresado, son los huracanes y tormentas tropicales los que han provocado los mayores desastres y los que más han acosado con su amenazante recurrencia la vida y el trabajo de los hondureños. No es, por lo tanto, casual que ya en la mitología maya se divinizará a los huracanes como el «reflejo de una fuerza natural descomunal que acude sin ser llamada a los ámbitos caribeños en los meses de septiembre y octubre para dejar a su paso huellas de destrucción imborrables» (Serrano, A. 1999).

Es evidente que debido a la posición geográfica del país, éste está expuesto frecuentemente al paso de huracanes y tormentas. Colocada en la parte central y más protuberante del istmo centroamericano que da al Caribe y distante apenas unas 900 millas náuticas de la línea ecuatorial, Honduras se halla entre los países más propensos a sufrir el embate de los huracanes que todos los años se desplazan por ese mar. Sin embargo, vale la pena insistir en que en realidad los desastres tienen lugar cuando existen precondiciones socio-ambientales para que una fuerza natural despliegue toda su potencia arrasadora. Por eso, la naturaleza, como buena practicante que es de los equilibrios sistémicos, sinérgicos y de autoajuste, reacciona con mayor ferocidad cuando la depredación, la erosión, la contaminación, la deforestación han roto esos equilibrios. Se podría decir que al responder y reclamar lo suyo se lleva consigo vidas, infraestructura, cultivos, esperanzas y sueños.

CUADRO 2.2

La vulnerabilidad: Factor de riesgo frente a las amenazas



Fuente: Elaboración propia con base en CEPAL, Honduras: Evaluación de los daños ocasionados por el huracán Mitch, 1999; INDH, 1998., Wilches Chau, 1998.

Al acercarnos, a través de una matriz analítica explicativa, a los factores que han generado un alto grado de vulnerabilidad (cuadro 2.2) y de situaciones de riesgo en Honduras, se aprecia que en el fondo ha operado una combinación de «ausencias» políticas, económicas, ambientales y socioculturales que los han favorecido. Si no se interviene en los factores causantes de la vulnerabilidad, a nivel macro y, sobre todo, a nivel micro, el país seguirá expuesto a los desastres que tienen como detonante los eventos naturales.

El corredor de desarrollo como corredor de riesgos

Los fenómenos naturales y la vulnerabilidad de la nación hondureña han llevado a la formación de una especie de corredor geográfico de riesgos: zonas que históricamente siempre han recibido el peso principal del flagelo de los desastres (ver mapas 2.1 y 2.2).

Este corredor de riesgos coincide con lo que se conoce como el «corredor central de desarrollo», es decir el eje que une el polo industrial de Puerto Cortés y San Pedro Sula con el Golfo de Fonseca, pasando por el Valle de Comayagua y el Distrito Central.

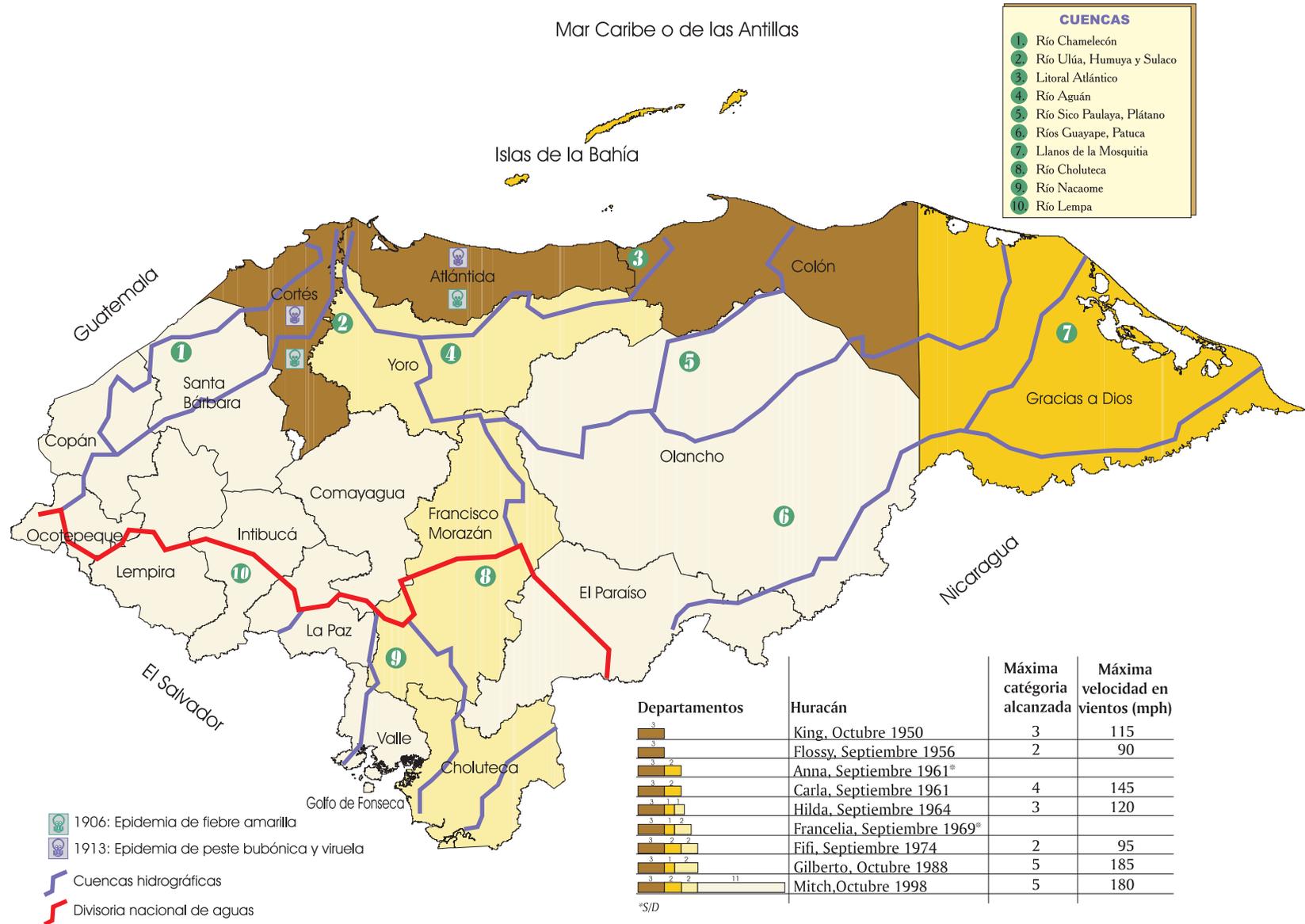
En el marco de la zonificación productiva elaborada en el Informe Nacional sobre Desarrollo Humano, 1998, este corredor de desarrollo y riesgos puede ubicarse como parte de tres de las siete macrorregiones definidas de acuerdo con criterios histórico-sociales, ecológicos, productivos y de concentración de la tierra¹. Es en las regiones Agroindustrial del Norte, Empresarial del Sur y Latifundio Central Seco donde han tenido lugar la mayoría de los desastres ocurridos en Honduras durante este siglo (ver mapa 2.1).

La primera de esas tres regiones abarca el Valle del Alto y Bajo Aguán, el Litoral Atlántico Norte y el Valle de Sula. Tiene un grado de urbanización relativamente alto (53%). De sus 19 ciudades sólo siete superan los 25.000 habitantes. Al mismo tiempo, la densidad de la población rural es alta (44.2 habitantes por kilómetro cuadrado). En casi todos sus municipios, el índice de logro educativo es de los más altos del país.

En esta región se aglutina la mayor cantidad de empresas agroindustriales y plantaciones a nivel nacional, especialmente de banano, caña de azúcar, cítricos, piña y palma africana. Las explotaciones ganaderas tienden a ser más intensivas, pero cubren el 50% del uso del suelo. Es una región do-

Huracanes en Honduras 1950-1998

Frecuencia de incidencia sobre el territorio



MAPA 2.2

Temblores y fallas geológicas en Honduras

Mar Caribe o de las Antillas



tada de infraestructura productiva, vial y con la presencia de puertos importantes. Pero por estar ubicada en el recorrido de los ríos Ulúa, Chamelecón y Aguán, entre otros, constituye una zona de riesgo, objeto de múltiples inundaciones tanto de los asentamientos humanos como de las zonas productivas.

La Macroregión Empresarial del Sur, que corresponde a los departamentos de Choluteca y Valle, cuenta con un grado de urbanización de un 39%, una ciudad importante y cuatro intermedias y una densidad rural alta (62 habitantes por kilómetro cuadrado). El logro educativo es de 0.582. En los noventa el cultivo del camarón ha aumentado el deterioro del ecosistema, coexistiendo con el cultivo de melón, de sandía y con la actividad ganadera que sigue siendo una de las más importantes.

Sin embargo, es en esta región donde el «noventa por ciento de las lluvias caen de mayo a octubre, lo que provoca veranos inclementes con grandes incendios forestales y fuertes inundaciones en los períodos lluviosos. De esta manera, la ruptura del equilibrio ecológico provocada por la tala de los bosques, ha conducido a una alternancia ‘sequía-inundaciones’ cada vez más constante y destructiva. Otro fenómeno crítico es el período intermedio en el invierno, llamado canícula, que cada vez se hace más largo y más seco» (Corriveau, R. 1992:20-21).

La Macroregión del Latifundio Central Seco, compuesta por tres regiones: Valles Centrales, Cerros y Mesetas de la Región central y el Distrito Central, presenta un grado de urbanización muy variable (muy alto en el Distrito Central y mediano en las otras zonas). El logro educativo es uno de los más elevados del país, por la presencia del Distrito Central. Aun cuando predomina el latifundio ganadero, éste se ha venido tecnificando paulatinamente, con una fuerte presencia de campesinos pobres y finqueros. Los pastos ocupan el 46% de la tierra, en tanto que los cultivos y los bosques el 23% y 31%, respectivamente. En esta zona se han visto afectadas las poblaciones ubicadas en el margen de los ríos Choluteca y Chiquito, especialmente la ciudad capital.

La paradoja que resulta de la conformación histórica de este corredor de desarrollo es que en éste se han sucedido la mayor cantidad de los fenómenos naturales que han devenido en desastres humanos y producido efectos negativos en el desarrollo y la sostenibilidad (véase recuadro 2.3). Esto pone de manifiesto, por un lado, la vulnerabilidad de los asentamientos humanos y productivos de este corredor de desarrollo y, al mismo tiempo, prueba la existencia de fortalezas de la sociedad que permiten la recuperación y seguir avanzando.

Es preciso preguntarse por qué el país no ha promovido otros polos o áreas de desarrollo, a fin de disminuir la presión demográfica y las condiciones de vulnerabilidad para que esta zona no siga siendo propensa al riesgo que socavan profunda y pe-

RECUADRO 2.3

Impacto de los desastres sobre el desarrollo humano durante el siglo XX

Las consecuencias de los desastres en Honduras, pueden resumirse de la siguiente manera:

En materia de capital físico: desestructuración cíclica del aparato productivo debido a la pérdida de cultivos permanentes, de ganado e infraestructura industrial; destrucción de infraestructura vial (carreteras y puentes) e infraestructura habitacional y de servicios, como escuelas y centros hospitalarios.

En cuanto al capital humano, mayor vulnerabilidad en salud, conocimientos, habilidades técnicas, disposición al trabajo e iniciativa que incide en menos acumulación de capital social.

Especial atención merecen los constantes períodos de inseguridad alimentaria que aumentan las tasas de morbilidad y merman el rendimiento escolar y las capacidades para generar ingresos.

En relación con el capital social, tanto los eventos «naturales» como las guerras civiles y conflictos armados han generado una historia de inestabilidad política, de debilidad institucional y de dificultad para fortalecer un Estado de derecho. La recurrencia e impacto de estos eventos sobre el capital social inciden en el debilitamiento del tejido social comunitario. Cientos de aldeas y barrios han sufrido traslados y migraciones obligadas de miles de personas. Esto ha significado la pérdida de su identidad cultural basada en patrones históricos en numerosas comunidades.

Un efecto directo sobre el capital social es la extensión del temor y la desconfianza entre los individuos y los grupos, y entre ellos y las instituciones, lo cual ha perjudicado la integración social de la nación hondureña.

Fuente: Elaboración propia con base en: Argueta, M., 1998; Molina Chocano, G., 1976; Feldman, L., 1988; Flores, F., 1996; Zúniga, E., 1988.

riódicamente la producción y la infraestructura, o por qué no se la ha protegido mejor.

En este corredor de desarrollo los principales problemas están dados por la recurrencia de las inundaciones y por el alto número de ciudades y poblados ubicados en los bordes de los ríos más caudalosos del país. Cabe también preguntarse: ¿valdrá la pena hacer un trabajo permanente para proteger estas zonas, o será necesario reubicar los asentamientos humanos vulnerables como una solución más sostenible a largo plazo?

En el mapa 2.1 y 2.2 se observan las zonas geográficas, la frecuencia y el tipo de fenómenos que han afectado especialmente su infraestructura

(puentes y carreteras) y los cultivos (granos básicos y banano) y han contribuido, además, a la pérdida continua de vínculos sociales y de vida familiar al generar una situación permanente de temores y de búsqueda de nuevos horizontes de empleo. Aún así, la mayoría de la gente permanece en estas zonas porque las consideran como las de mayor posibilidad para lograr una mejor calidad de vida.

Aun cuando algunos de los eventos, tales como terremotos o huracanes, hayan tenido, de forma particular, efectos reducidos, probablemente en conjunto representan una erosión de las oportunidades de desarrollo y significan, en forma acumulativa, un efecto económico y social tan importante como uno o más grandes desastres juntos. Además, la mayoría son precursores de una pérdida de la calidad de vida de las personas afectadas, debido al proceso histórico de crecimiento de la población, superior al de la oferta general de servicios sociales y de oportunidades económicas, lo cual aumenta en forma creciente la vulnerabilidad social.

Además, esta acumulación de riesgos está relacionada con la falta de políticas y estrategias orientadas a su manejo y a la existencia de estructuras administrativas y sistemas legislativos adecuados, tanto a nivel local, como nacional y regional. Se hace referencia a una estrategia de gestión de riesgos capaz de dar sostenibilidad a un modelo de desarrollo que genere fortalezas suficientes como para consolidar sus logros, disminuir la amenaza y la vulnerabilidad nacional, entendida como la suma de las vulnerabilidades locales.

Los desafíos históricos para el desarrollo humano

En este apartado se ha descrito como las amenazas naturales, socio-naturales y antrópicas, representan, en la sociedad hondureña, una constante dramática para la seguridad humana. La combinación de amenazas y condiciones de vulnerabilidad-inseguridad ponen en una situación de riesgo casi permanente a muchos grupos sociales. Esto plantea el desafío de aumentar su seguridad, mejorar la calidad y los niveles de desarrollo para reducir la frecuencia y los efectos de los desastres.

En Honduras, el paso de un nivel de desarrollo bajo en los años 60 a uno medio en los 90 se realizó a través de una significativa inversión en educación y salud primaria. Ahora se trata de dar un paso aún más ambicioso para alcanzar objetivos superiores en desarrollo humano: mayores inversiones no sólo en los sectores mencionados, sino en otros como la consolidación y ampliación de la institucionalidad democrática y de un Estado de derecho que favorezcan las oportunidades de inversión en el sector productivo.

La combinación de desastres provocados por eventos naturales como el Mitch, y la vulnerabilidad de las estructuras socioeconómicas y político-culturales plantea, además, la necesidad de afian-

zar un compromiso político y ciudadano frente a la prevención, manejo y gestión de emergencias que tome en cuenta los conocimientos y la información generada y los medios para generarla, lo cual facilitaría intervenciones rápidas y coordinadas y disminuiría muchas de las tragedias.

Hay que establecer mecanismos que permitan escuchar y atender las alarmas tanto en los escalones altos de la clase política como en la población. Por ello es importante establecer sistemas de alerta temprana eficaces y eficientes, dentro de un sistema nacional de prevención y gestión de riesgos.

Otro aspecto importante a considerar es el costo que representa un desastre. Tanto en la Conferencia Mundial sobre la Reducción de los Desastres Naturales patrocinada por las Naciones Unidas en 1994, como en la Cumbre Social, celebrada en 1995 en Copenhague, y en el Grupo Consultivo de Estocolmo, en 1999, se alertó sobre la necesidad de priorizar estrategias de gestión de riesgos, ya que «los desastres acrecientan los males de las sociedades como las migraciones obligadas, la pobreza, la enfermedad y la degradación del medio ambiente», aumentando en forma desmesurada los costos del desarrollo.

Equilibrio socio-espacial

La concepción de una planificación geográfica del desarrollo en Honduras, ha estado representada por discursos políticos y algunas legislaciones tendientes a impulsar la formación de polos de desarrollo en los años setenta, el desarrollo rural integrado en los ochenta, y, a mitad de los años noventa, propuestas de ordenamiento territorial. Al respecto se utilizaron conceptualmente diversas unidades lógicas como valles y cuencas, desarrollo periurbano, etc.

A mediados de los noventa, el debate se benefició del aporte de los conceptos de desarrollo sostenible (ecológicamente amigable) y del desarrollo humano (socialmente participativo). Sin embargo, todos estos elementos que han estado presentes en el debate público no logran generar una dinámica de permanencia y sentido de urgencia suficiente como para acelerar acciones legislativas y sociales que facilitaran una planificación de modelos de desarrollo sostenible.

El «choque» de otro desastre vuelve a dar fundamento y crudeza a esta problemática de riesgo permanente, basada en la insostenibilidad del modelo de desarrollo. Los efectos a nivel nacional han sido diferenciados según las características de la geografía física y social, es decir, la trayectoria de los cauces, la distribución de las vías terrestres, el grado de deforestación, el clima de vulnerabilidad de un gran número de asentamientos humanos, el nivel de institucionalidad, etc., lo cual permite delimitar no un desastre sino múltiples y diferenciados.

Parte de los desafíos de un equilibrio socio-espacial se relacionan con cambios y transformaciones planteadas en el plan de reconstrucción nacio-

nal. Optar por una reconstrucción que conlleve transformación implica un cambio para que las políticas se enmarquen dentro de una estrategia de gestión de riesgos, para que haya una consolidación de los instrumentos de gobernabilidad y se logre que el desarrollo participativo incorpore, en forma lógica y sistemática, las dimensiones básicas operativas de un reordenamiento territorial que considere el factor riesgo/seguridad y las características demográficas, sociales y productivas, en forma moderna, y descentralizada.

Una ética para el desarrollo

Generar una corriente de opinión que permita articular esfuerzos para la gestión de riesgos y reducción de desastres, como factor fundamental del desarrollo humano sostenible, implica reflexionar sobre la causalidad de fondo de los desastres: de la acción humana, es decir, de los resultados que se derivan del modo en que las personas se relacionan en comunidad y con la naturaleza. Esto implica una ética de la responsabilidad y compromiso para con los otros y para con el medio ambiente.

El desarrollo de un ethos cultural en la sociedad que permita la transformación de sujetos dependientes en sujetos activos, responsables de su propio destino, aumentaría el valor de la seguridad humana y de la participación, y disminuiría, por ende, en forma drástica, las vulnerabilidades y las amenazas que se ciernen, en forma silenciosa y persistente, contra la calidad de vida de los ciudadanos.

Tanto la degradación ambiental, los altos niveles de pobreza, el poblamiento desordenado, como la falta de una cultura de la prevención, están relacionados con la falta o un escaso compromiso ético de los individuos con su sociedad y del conjunto de la sociedad con los individuos. Si las instituciones y las organizaciones sociales no tienen la capacidad para una adecuada gestión del riesgo frente a cierto tipo de eventos, se hace necesaria una real transformación que las habilite dentro de un enfoque de proyectos de desarrollo sostenible.

Enfoque que privilegie un «continuo» entre emergencia y desarrollo

En la actualidad el planteamiento más corriente frente a los desastres sigue orientado hacia la prestación de auxilio en las emergencias. Sin embargo, es importante establecer un puente «continuo» entre la emergencia y los procesos de desarrollo. En la práctica esto significa que cada vez sean más las organizaciones que emprendan la rehabilitación y reconstrucción que sigue a los desastres, de acuerdo con las potencialidades de un desarrollo a largo plazo.

Es decir, se precisa dar un paso más para que se establezca el compromiso de aplicar medidas de prevención, mitigación y construcción. Las acciones planificadas frente a los peligros naturales y fren-

te a las vulnerabilidades socioeconómicas son más rentables y gestionables desde el punto de vista administrativo que las grandes operaciones de emergencia. Paradójicamente, el período que sigue al desastre es a menudo un buen momento para iniciar programas de prevención y transformación, porque el grado de sensibilización pública y de voluntad política suelen ser muy elevados.

Una de las conclusiones más importantes de la Conferencia Mundial sobre la Reducción de los Desastres Naturales fue la voluntad de gran parte de los participantes de edificar una cultura global de la prevención más ambiciosa, dadas las experiencias positivas de solidaridad en el país, y de dirigirse hacia la conformación de una cultura de solidaridad como base ciudadana de gestión de riesgos.

Para impulsar esta cultura de la solidaridad, los responsables de las políticas y los representantes de la sociedad civil en su conjunto deben esforzarse permanentemente por integrar la prevención consensuada en la ejecución de las estrategias generales de sus planes de desarrollo municipales, departamentales, nacionales y regionales.

Los riesgos que comparten los países de la región centroamericana determinan la importancia de trabajar, en forma estratégica regional, lo nacional y lo local. Por ello es importante el diálogo transparente (Cfr. Declaración de Estocolmo, 1999).

En el plano nacional destacan las acciones de coordinación efectiva. A nivel local, dado que son las comunidades las que soportan los mayores efectos de los desastres y, por consiguiente, tienen el máximo incentivo para prevenirlos, se hace necesario concentrar más recursos y apoyo para la consolidación de un mínimo de institucionalidad descentralizada que permita planificar proyectos con el claro objetivo de reducir sus vulnerabilidades.

Vulnerabilidad y aspectos demográficos

Desde la perspectiva del desarrollo humano, los aspectos demográficos² constituyen una dimensión fundamental porque no sólo influyen en la calidad de ese desarrollo, sino que contribuyen a mostrar el nivel del ejercicio de los derechos sociales y reflejar las capacidades y oportunidades a que tiene acceso una sociedad.

Los niveles y patrones de fecundidad, mortalidad y migración conforman, además, conjuntamente, el cuadro básico de vulnerabilidad pues permiten diferenciar, según los grupos sociales, la incidencia, tamaño y ubicación espacial de los desastres. Los aspectos demográficos son también elementos importantes en la constitución y mantenimiento de la pobreza y de la falta de seguridad humana.

Honduras es un país que se caracteriza por niveles de fecundidad aún elevados. No obstante, existen diferencias importantes en los patrones de fecundidad por grupo social; son los grupos con menor nivel de desarrollo humano, particularmente en las áreas rurales, los que presentan las tasas

más altas de fecundidad (cuadro 2.3). Estos segmentos poblacionales son, al mismo tiempo, los que muestran menos condiciones de ejercer sus preferencias reproductivas. Esta falta de oportunidad y capacidad para hacerse cargo, en forma decidida y consciente, de su rol reproductivo constituye el punto de partida de un círculo vicioso de expansión de la pobreza.

Los niveles de mortalidad también son claramente diferenciados por estrato socioeconómico. Pero la relación más directa y visible entre dinámica demográfica, pobreza y vulnerabilidad tiene que ver con los patrones de redistribución espacial de la población. En las últimas décadas, el país viene experimentando una creciente concentración de los habitantes en las áreas urbanas, principalmente en las dos ciudades más grandes, que ha propiciado el afianzamiento de grupos urbano-marginales que, junto con sectores pobres del campo, revelan una elevada vulnerabilidad social y ambiental.

El presente acápite consta de tres partes. La primera presenta la situación demográfica de Honduras desde 1988 (año del último censo de población) hasta 1998, cuando llega el Mitch. La segunda parte evalúa el efecto del huracán sobre la población de cada uno de los departamentos. La tercera, presenta algunos desafíos y recomendaciones.

Antecedentes

Como ha dicho Notestein, «en los procesos de desarrollo de la era moderna la reducción de la fecundidad requiere de un cambio de rumbo en las metas sociales, de aquellas orientadas hacia la supervivencia del grupo a las que apuntan al bienestar y calidad de vida del ser humano» (Notestein, 1964). Honduras, posee un nivel de fecundidad de los más elevados de América Latina. Aún cuando esta fecundidad comenzó a descender a mitad de la década de los setentas, el descenso ha sido relativamente lento cuando se lo compara con otros países latinoamericanos. Hace sólo 10 años el número promedio de hijos que una mujer hondureña tenía al finalizar su vida reproductiva (la tasa global de fecundidad) era de 5.4. Según datos de posteriores encuestas, ENESF (1991-92/1995), este descenso lento continuó y la tasa global de fecundidad (TGF) se estimó en alrededor de 4.6 hijos por mujer en 1998 (Gráfico 2.2).

La gráfica 2.2 muestra una transición demográfica, en el agregado nacional, más lenta de la proyectada a partir de los datos del censo de 1988. Asimismo, la desagregación muestra importantes desfases entre los distintos sectores sociales en el descenso de la mortalidad y, principalmente, en la fecundidad.

El hecho de que la tasa de fecundidad se haya mantenido tan alta en el pasado, unido al de su descenso lento, ha traído como consecuencia la existencia de una población hondureña muy joven. En 1988 la mitad de la población tenía menos de 17 años de edad. Diez años más tarde, en 1998, toda-

CUADRO 2.3

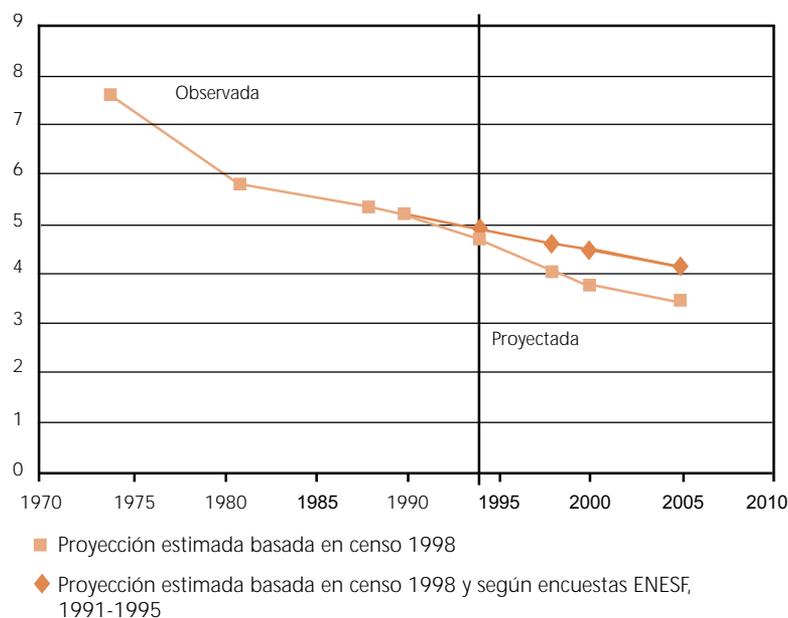
Estimación de la tasa global de fecundidad según área de residencia, 1999

Departamentos	Total T.F	Total IDH	T.F. Urbano	IDH Urbano	T.F Rural	IDH Rural
Atlántida	4.64	0.580	3.53	0.597	5.96	0.519
Colón	5.63	0.538	4.60	0.580	6.27	0.440
Comayagua	5.43	0.578	3.59	0.678	6.69	0.506
Copán	5.34	0.502	3.34	0.501	6.26	0.435
Cortés	3.40	0.607	2.79	0.617	5.17	0.568
Choluteca	5.04	0.524	3.25	0.564	6.04	0.458
El Paraíso	5.10	0.519	3.54	0.551	5.80	0.452
Francisco Morazán	3.51	0.648	3.04	0.670	5.48	0.590
Intibucá	5.99	0.517	4.11	0.550	6.46	0.447
La Paz	5.57	0.552	3.26	0.573	6.36	0.476
Lempira	6.16	0.470	4.09	0.493	6.42	0.409
Ocotepeque	5.37	0.511	3.33	0.534	5.94	0.438
Olancho	5.80	0.561	4.34	0.600	6.37	0.491
Santa Bárbara	5.38	0.518	3.57	0.587	6.15	0.461
Valle	4.99	0.539	3.76	0.549	5.77	0.459
Yoro	4.99	0.540	3.38	0.594	6.13	0.460
País	4.56	0.544	3.18	0.603	5.97	0.482

Fuente: Elaboración propia con base en: D.G.E.C., Censo de Población y Vivienda, 1988., Encuesta de Hogares, 1999; SECLAN/FNUAP, Proyecciones de Población, 1996.

GRAFICO 2.2

Tasa global de fecundidad 1974 - 2005



Fuente: Elaboración propia con base en: D.G.E.C., Censo de Población y Vivienda, 1988; SECLAN/FNUAP, Proyecciones de Población, 1996.

vía el 50 % de la población era menor de 18 años de edad. Esta edad mediana de la población fluctúa entre los departamentos; en aquellos que aún tienen una fecundidad alta, la edad media de la población es menor (Gráfico 2.3).

Junto con una población tan joven, hay otro factor que puede producir una situación de vulnera-

bilidad desfavorable para el desarrollo: su rápido crecimiento. Dicho crecimiento era superior al 3.0 por ciento anual con anterioridad a 1988, y sólo ha disminuido hasta el 2.8 por ciento anual en 1998, pese a que existe una alta emigración de hondureños hacia otros países. Honduras tiene en el presente uno de los crecimientos de población más altos de América Latina.

Aunque el país no presenta una mortalidad baja, el hecho de tener una estructura tan joven de la población hace que el número de muertes por cada 1.000 habitantes sea bajo. Paradójicamente, si bien el número de muertes por cada mil habitantes es bajo, la mortalidad en cada una de las edades es elevada. Aún hoy, uno de cada 20 nacidos vivos no llega a cumplir un año de edad. Los departamentos que disfrutaron de una mortalidad más baja son Francisco Morazán, Olancho y Comayagua, mientras que Colón, Valle y Lempira una más elevada (Gráfico 2.4).

El movimiento migratorio interno neto es relativamente estable en cuanto a los departamentos que reciben y expulsan migrantes. El censo de población de 1988 y sucesivas encuestas de hogares han permitido establecer que hay cuatro departamentos que atraen la migración. Durante el período de 1993 a 1998, se ha estimado que más de la mitad de los migrantes netos (alrededor de cuatro mil por año) eligen ir a Cortés, mientras que el resto fija su nueva residencia en Atlántida, Colón y Francisco Morazán. En estos dos últimos el número de personas que llegan exceden, en unas mil por año, a las que se van (Gráfico 2.5).

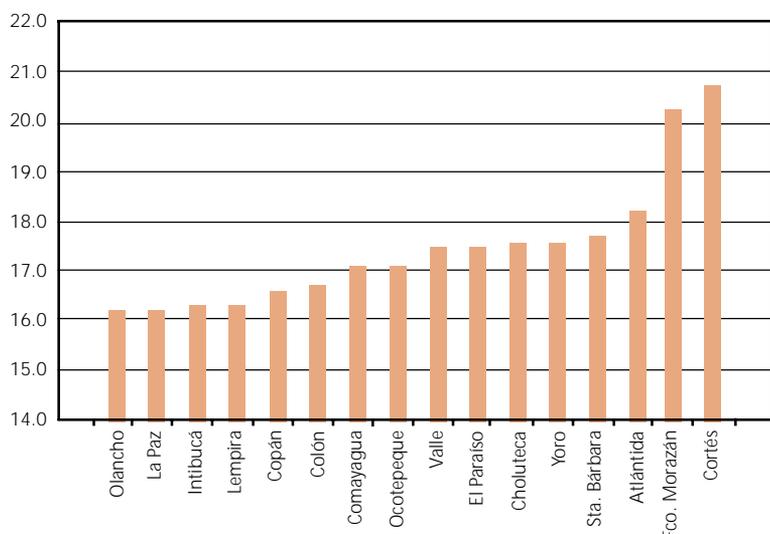
Los departamentos de donde se originan más migrantes son Comayagua, Copán, Olancho y Santa Bárbara. Mientras que en Yoro, Ocotepeque, Lempira, Islas de la Bahía, Intibucá y Gracias a Dios el número de inmigrantes que llegan es casi igual al de las personas que se van. El resto de los departamentos tiene un movimiento migratorio neto muy pequeño.

Por último, hay que señalar que Honduras es una nación con un movimiento emigratorio internacional relativamente importante para el número total de sus habitantes. Sobre la base de estadísticas de otros países, se ha estimado que alrededor de 15 mil hondureños han salido anualmente del territorio nacional durante los últimos 10 años. Se espera que este promedio se mantenga durante los próximos años (Oficina de Emigración de los Estados Unidos 1998; IMILA/CELADE, 1998).

Durante la década de 1988 a 1998 la población de Honduras creció un 32%. Los departamentos que más rápidamente aumentaron fueron El Paraíso, Colón, Gracias a Dios y Atlántida. Sin embargo, del total de 1.4 millones en que creció toda la población, un 17% se concentró en Cortés, y otro 17% en Francisco Morazán. Cada uno de estos dos departamentos prácticamente tenían un millón de habitantes; es decir, un tercio de la población del país vive en estos dos departamentos (Gráfico 2.6).

GRAFICO 2.3

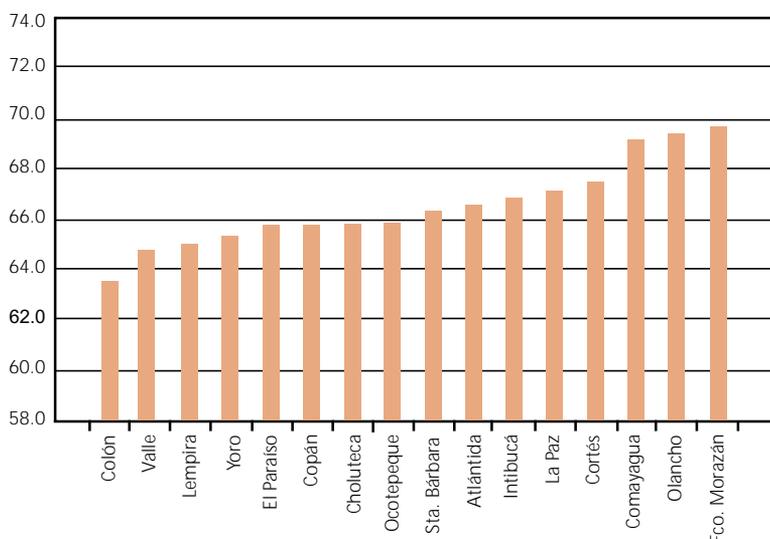
Edad media por departamento, 1998



Fuente: Elaboración propia con base en: D.G.E.C., Encuesta Permanente de Hogares de Propósitos Múltiples, 1998; SECLAN/FNUAP, 1996.

GRAFICO 2.4

Esperanza de vida al nacer por departamento, 1998



Fuente: Elaboración propia con base en: D.G.E.C., Encuesta Permanente de Hogares de Propósitos Múltiples, 1998; SECLAN/FNUAP, 1996.

Impacto del huracán Mitch

De acuerdo con las estadísticas oficiales el Mitch causó casi seis mil muertos, ocho mil desaparecidos (los cuales, para los análisis siguientes, se presume que están muertos), 12 mil heridos y más de un millón de damnificados. Para un país de casi seis millones de habitantes, estas cifras representan un golpe de enormes proporciones.

La magnitud real de estos números adquiere todo su verdadero significado si se los compara con el número de muertes anuales de la población. Por ejemplo, mientras se esperaba que murieran 37 mil personas en 1998, el huracán causó, en una semana, el deceso inesperado de alrededor de 14 mil más. En otras palabras, el huracán produjo un aumento de casi un 40% en la mortalidad anual prevista.

Incidencia por cada mil personas

Al determinar el número de muertes y desaparecidos por cada mil habitantes, encontramos que en el total del país el huracán causó dos muertes por cada mil personas. Esta cifra promedio cambia considerablemente en cada departamento. Aparentemente, el huracán tuvo un mayor impacto sobre los departamentos del norte y oriente; así, en Colón fué de cuatro veces mayor que en el promedio nacional. En Islas de la Bahía y Gracias a Dios, las muertes por cada mil personas fueron 10 veces mayores que el promedio nacional (alrededor del 2%).

En cuanto al número de damnificados, se puede decir que una persona de cada cuatro sufrió consecuencias serias. Sin embargo, en algunos departamentos esa proporción, que es un promedio nacional, fue elevadísima, como en el caso de Gracias a Dios, Yoro y Choluteca. Felizmente, en otros como Copán, Intibucá, Lempira, La Paz y Ocotepeque, las cifras disponibles indican un porcentaje menor al 2% de damnificados.

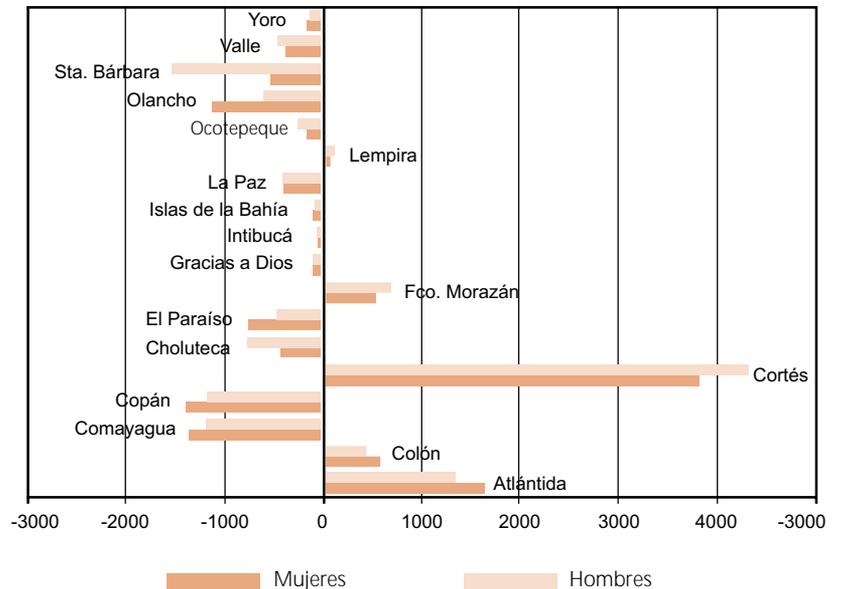
Impacto sobre la esperanza de vida al nacer

Se estima que en 1998 la mortalidad, en condiciones normales, debería haber significado una esperanza de vida al nacer de 68 años, para ambos sexos. El exceso de mortalidad producida por el huracán Mitch en el año 1998 produjo un descenso de seis años de esa esperanza de vida. Es decir, la estimación para 1998 sólo fue de 62 años.

Ahora bien, se presume que esa reducción fue un poco más severa para las mujeres debido a que éstas presentaban una mortalidad menor que la masculina. En cuanto a los departamentos, los más afectados fueron los de la región norte. Específicamente, en Islas de la Bahía y Gracias a Dios, el exceso de mortalidad por el huracán redujo la esperanza de vida a la mitad. Esta reducción podría considerarse como más significativa que muchas de las epidemias que diezmaron las poblaciones siglos atrás.

GRAFICO 2.5

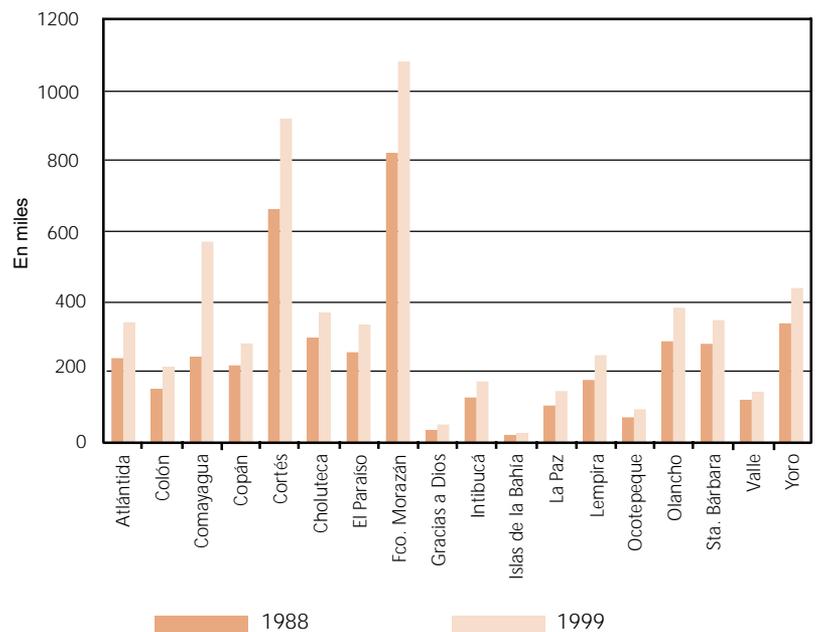
Migración anual 1993 - 1998 por departamento y sexo



Fuente: Elaboración propia con base en: D.G.E.C., Encuesta Permanente de Hogares de Propósitos Múltiples, 1993-1998; SECPLAN/FNUAP, 1996.

GRAFICO 2.6

Población estimada por departamento, 1988 y 1998



Fuente: Elaboración propia con base en: D.G.E.C., Censo Nacional de Población y Vivienda, 1988; SECPLAN/FNUAP, Proyecciones de Población, 1996.

CUADRO 2.4

No. de muertos, muertos y desaparecidos y total de afectados por el huracán Mitch por cada mil personas según departamentos

Departamentos	Muertes por cada 1,000 personas	Muertes y desaparecidos por cada 1,000 personas	Total de afectados por cada 1,000 personas
Atlántida	3.1	3.9	131
Colón	5.0	7.9	336
Comayagua	1.0	3.8	206
Copán	0.2	0.2	14
Cortés	0.2	1.6	246
Choluteca	1.2	1.9	391
El Paraíso	1.1	1.6	19
Francisco Morazán	0.5	0.5	234
Gracias a Dios	6.0	17.7	178
Islas de la Bahía	2.8	22.8	3
Intibucá	0.3	0.3	101
La Paz	0.2	0.2	13
Lempira	0.0	0.0	2
Ocotepeque	0.8	0.9	12
Olancho	1.0	1.3	196
Santa Bárbara	3.2	12.2	76
Valle	0.4	0.6	235
Yoro	0.6	0.8	287
País	1.1	2.4	185

Fuente: Elaboración propia con base en Ministerio de Gobernación. Informe huracán Mitch.

*El total de afectados está compuesto por muertos, heridos y damnificados.

Sin embargo, aunque la esperanza de vida al nacer es un índice muy frecuentemente utilizado, no es recomendable medir el peso de las muertes producidas por un desastre como el del Mitch en relación con los cambios en el promedio de ese índice. Para ello es preferible utilizar el concepto de años de vida perdidos.

Impacto sobre Años de Vida Perdidos (AVP)

En Honduras, en condiciones normales de mortalidad, entre el nacimiento y la edad de 80 años se habrían perdido 15 años de vida. Sin embargo, por el efecto del huracán en la tasa de mortalidad, el número de AVP (recuadro 2.4) aumentó a 20. Esta fue la verdadera magnitud del efecto sobre la mortalidad, es decir, que el exceso de muertes producido por el huracán en una semana significa un aumento de la mortalidad anual del 35% en relación a los años de vida perdidos (gráfico 2.7).

La situación es alarmante cuando se analizan los departamentos más afectados y con menor densidad poblacional, como Islas de la Bahía y Gracias a

Dios. En éstos, la pérdida de años de vida aumentó más del 200 %. Por ejemplo, en Gracias a Dios, en condiciones normales se habrían perdido sólo 12.7 años de vida entre las edades desde el nacimiento a los 80 años. Sin embargo, por el huracán, los perdidos en 1998 fueron 42.3. Una situación muy similar se encontró en Islas de la Bahía.

Como conclusión, las consecuencias de ese número de muertes con relación al tamaño de la población han significado para el país y, sobre todo, para ciertos departamentos, uno de los mayores desastres humanos de su historia.

Migración

Una de las modificaciones importantes que suelen ocurrir como resultado de desastres y crisis es la movilidad de la población en busca de nuevas oportunidades. Existen efectos inmediatos previsibles debido a la pérdida de bienes (vivienda, tierras, etc.) y a la necesidad de obtener empleo e ingresos, lo cual puede resultar difícil, o al menos así lo percibe la población.

RECUADRO 2.4

Años de vida perdidos (AVP)

El concepto de años de vida perdidos (AVP) es sencillo. Por ejemplo, si en una población cualquiera la gente vive, como promedio, 80 años, las personas que viven menos pierden la diferencia con aquel promedio. Así, una persona que ha vivido sólo 65 años, perdió 15.

Pero también podría suceder que como fruto de la falta de oportunidades que se genera, como consecuencia de los cambios en las estructuras productivas (por ejemplo en la agricultura) y en el perfil espacial de la creación de empleos, los movimientos migratorios que ya ocurrían antes del huracán se hayan acelerado.

Debido a que una parte importante de la población perdió su fuente de subsistencia, tanto en el campo como en las ciudades, pero sobre todo en el primero, donde las consecuencias en este aspecto fueron mayores, podría haber una aceleración de la migración rural-urbana. Habrá que esperar más información proveniente de encuestas o del próximo censo para comprobar el verdadero alcance de esta hipótesis.

Crecimiento de la población

A pesar del impacto relativamente limitado del Mitch en cuanto al número de muertes ocurridas respecto a la población total (0.2%), el efecto en el crecimiento de la población durante 1998 no es despreciable, tal como puede verse en el cuadro 2.5: cerca del 10% del crecimiento esperado no se produjo.

Los datos a escala departamental muestran un panorama distinto, ya que algunos fueron más afectados. En los departamentos de Islas de la Bahía, Gracias a Dios y Santa Bárbara, los porcentajes de reducción del crecimiento poblacional (sin considerar migraciones) fueron de 92%, 62% y 40%, respectivamente.

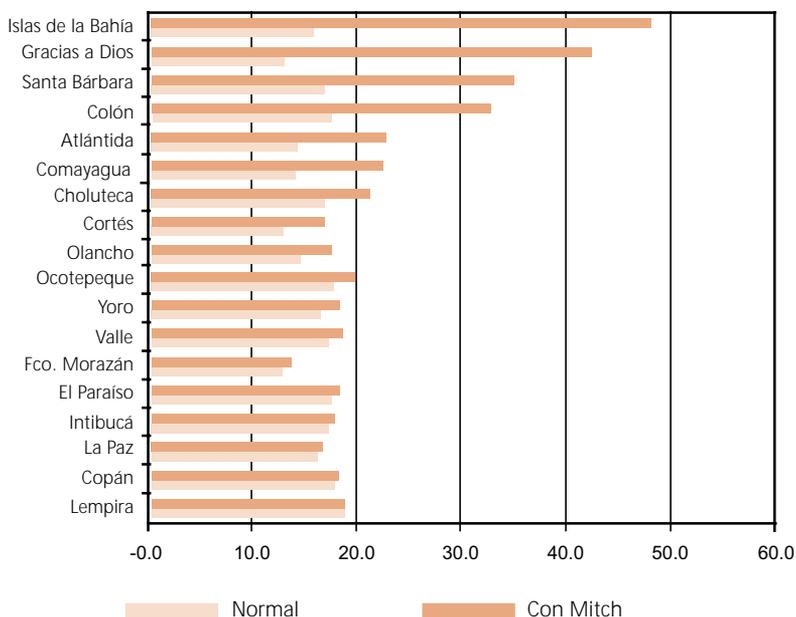
Los retos

Dos cuestiones relacionadas con los movimientos demográficos son particularmente importantes en los esfuerzos de reconstrucción incluyente del país: el ordenamiento territorial y la salud reproductiva.

La organización y la espacialización de las actividades humanas pueden ayudar a aumentar o a mitigar los riesgos de los desastres naturales. En primer lugar, es importante reconocer que el proceso de urbanización todavía se encuentra en una fase incipiente. El grado de urbanización sigue siendo relativamente bajo en el contexto latinoamericano. Se puede prever que el número de personas que

GRAFICO 2.7

Estimación de años de vida perdidos bajo condición de vida normal y con impacto del mitch



Fuente: Elaboración propia con base en: D.G.E.C., Censo Nacional de Población y Vivienda, 1988; SECLAN/FNUAP, Proyecciones de Población, 1996.

habitan en áreas urbanas deberá aumentar de los 2.582,000 en 1996 a 7.300,000 en el año 2030. La historia mundial nos enseña que no hay política agrícola o política de retención de la población en el campo que sea capaz de revertir esas tendencias.

La ubicación geográfica y física de estos 4.7 millones de personas adicionales en las áreas urbanas será un factor determinante de la vulnerabilidad de la población en el futuro. De seguir las actuales tendencias, en las cuales no existe una planificación explícita y efectiva del uso del espacio urbano, especialmente para atender las necesidades de los segmentos más pobres de la población -los cuales constituyen la gran mayoría de migrantes- es inevitable que la población hondureña se torne cada vez más vulnerable a las amenazas naturales.

Por lo tanto, hay una necesidad imperiosa de iniciar un proceso de planificación explícito y efectivo del espacio urbano para hacer frente a lo que es inevitable: la intensificación del proceso de urbanización. En realidad, es necesaria una planificación del uso sostenible del espacio a escala nacional, a fin de prever la protección de ecosistemas frágiles o ricos en biodiversidad. Todo eso, al mismo tiempo, tiene que estar de acuerdo con la planificación del espacio económico.

En suma, la planificación del espacio, para reducir la vulnerabilidad, o para promover la sostenibilidad a largo plazo, requiere de una actitud proactiva que englobe aspectos demográficos, económi-

cos y ambientales. Se requiere, desde ahora, identificar bien qué formas de ocupación se consideran más aptas y más sostenibles. Tales acciones proactivas, a su vez, no deben constituir una vuelta a la autosuficiencia tecnocrática o política, sino nutrirse de la participación de todos los grupos sociales.

En lo que se refiere a la salud reproductiva, el hecho de que los segmentos más pobres de la población tienen más del doble del número de hijos que desearían tener, representa una brecha en el cumplimiento de los derechos humanos y también un factor condicionante de la vulnerabilidad. Todos tienen el derecho de escoger el número de hijos que desean y de tenerlos cuando quieran. Los pobres se ven atados a un ciclo vicioso de la pobreza que se transmite de generación en generación. Los efectos del incumplimiento de ese derecho, a su vez, recaen sobre todo en las mujeres, que frecuentemente se ven obligadas a asumir toda la responsabilidad de los hijos.

Dada la relación estrecha entre bajos niveles de desarrollo humano y vulnerabilidad con los efec-

tos de los desastres naturales, urge que el país tome iniciativas más efectivas en el ámbito de la salud reproductiva y equidad de género, tanto en el campo como en las ciudades.

Lo mismo puede decirse con relación al movimiento migratorio internacional, asistencia escolar, fuerza de trabajo y características de la vivienda. El impacto que podría haber tenido el huracán Mitch sobre estas características de la población podrá ser evaluado oportunamente con la información que recoja el censo de población del año 2000, dado que cualquier análisis tropieza con graves dificultades debido a la escasa información que se recopila, procesa y divulga. El huracán Mitch puso al descubierto, también, la necesidad de contar con un censo de información nacional, así como uno en cada departamento y municipio, que provea información útil sobre los hechos dentro de un plazo oportuno. La toma de decisiones antes, durante y después de la emergencia, se ve limitada por la falta de datos e información cuantificable.

NOTAS

1 Frente Pionero Agrícola; Agroindustrial del Norte; Montañas y Valles Campesinos del Interior; Cafetalera de Occidente; Las Altas Montañas y Vertientes del Sur; Empresarial del Sur y Latifundio Central Seco (PNUD, INDH, 1998).

2 Demografía: se entiende no sólo como el estudio estadístico de una colectividad humana, según su composición y estado en un determinado momento, sino, más bien, de su evolución histórica.